

Por y no contra la Universidad

ARTURO USLAR PIETRI

Estuve oyéndolos hablar desde la lejana proximidad de la pantalla de televisión. Eran dos estudiantes universitarios, revestidos del esplendor de la juventud, del fuego de la convicción y de la pasión de hacer. Hablaban sin vacilar, lanzando las palabras como explosivos, sin aparente vacilación sobre ninguna idea o concepto. Como dueños del tiempo, de la verdad y del destino.

Era un hermoso y conmovedor espectáculo. A ratos me sentía impelido a replicar mudamente. El contraste entre su apasionada presencia vital, llena de posibilidades y promesas, y lo que decían me parecía un impresionante ejemplo de aterradora contradicción. Se mostraban decididos, creyentes, entregados sin límites a una acción de desprendida y total fe en el bien y en la justicia y sin embargo, al mismo tiempo, parecían cegados para ver lo inmediato, lo real y lo decisivo. La historia era para ellos como una visión del futuro, como una aparición mística, y no como una situación real con la cual, frente a la cual y por la cual hay que actuar.

Su tesis era simple. Estaban contra todo lo que la sociedad ha creado. Estaban contra la noción misma de la sociedad existente. Y como expresión de esa sociedad estaban contra la Universidad existente. Si la sociedad no funcionaba satisfactoriamente no había razón para permitir que funcionara la Universidad que la representa y que la perpetúa. La consecuencia era sencilla, había que detener y atacar la sociedad y la universidad para destruir lo existente y para que de la tabla rasa de la catástrofe pudiera surgir una sociedad nueva.

Lo trágico y doloroso es que con tanta generosidad y buena esperanza, con tanto deseo de dar, se pueda involuntariamente causar los más graves daños al posible bien y al progreso factible de esa misma sociedad a la que se quiere mejorar.

La sociedad moderna, como producto de la rápida evolución científica y tecnológica del último siglo, es un hecho real e irreversible. Si la sociedad industrial se paralizara efectivamente, el mundo caería en una catástrofe no menor que la de una guerra nuclear. Sin la producción industrial y los medios tecnológicos de producción y comunicación más de la mitad de la población mundial no podría sobrevivir. Un mundo ruralizado y simplificado vuelto a los términos de una sociedad patriarcal, no podría sostener más habitantes que los que tenía, por ejemplo, en el siglo XVIII, cuando cada población vivía de su inmediata cosecha campesina. Sería condenar a la inanición a millones de hombres.

La humanidad no puede renunciar al completo desarrollo tecnológico y científico que ha alcanzado. Lo que puede y debe hacer es dirigirlo, controlarlo, equilibrar su capacidad destructiva de recursos y ponerlo al servicio del bienestar y la permanencia del hombre. Y esto es posible sólo por medio de más ciencia, más cultura y más tecnología y no por medio de ningún regreso a la vida primitiva.

La revolución de nuestro tiempo no es ni puede ser otra que la de la creación de una sociedad libre de la necesidad y de la escasez, gracias a la utilización del progreso tecnológico. No es contra la máquina ni contra la ciencia, sino por medio de la máquina y de la ciencia como el hombre podrá alcanzar los estadios superiores de su desarrollo mental y social.

Por lo demás, el camino de la revolución no es ni ha sido nunca el de destruir el progreso humano, sino el de tratar de utilizarlo de un modo más racional. Las grandes revoluciones del mundo occidental se hicieron partiendo de la suma del conocimiento alcanzado. Detrás de la Revolución Francesa está la Enciclopedia, detrás de la Revolución Rusa está la extraordinaria aventura intelectual de uno de los más sabios pensadores de su tiempo: Marx. La idea de una revolución que comience por repudiar la ciencia, el estudio y la Universidad es suicida.

Paradójicamente, estas ideas, si llegaran a tener éxito en los países del Tercer Mundo no llevarían sino a un solo fin, que debe ser precisamente el más indeseable y odioso para los partidarios de esta nueva actitud. Ese fin paradójico sería el de condenarnos indefinidamente al atraso y al subdesarrollo en perpetua e irreducible dependencia y subordinación de los países que cada día tienen más ciencia, más investigación, más cultura y más universidad.

No puede ser éste el panorama o el proyecto que alienten esos jóvenes que quieren destruir la universidad para destruir la sociedad existente y asegurar su revolución. Si tuvieran éxito, su revolución sería la de la completa dependencia y la ignorancia.

La única y verdadera posibilidad de futuro y de autonomía de los países no consiste ni en su riqueza, ni en el número de sus habitantes, sino en su capacidad de asimilar, utilizar y hacer propios los instrumentos de poder y liberación de la ciencia moderna. Deberíamos comprender todos que una Universidad eficiente y creadora, al día en todos los avances y exigente hasta el extremo en la formación de sus hijos, es la única vía para salir del atraso hacia el poder y el progreso.

No pocas veces somos nosotros mismos los peores enemigos de nuestro bien posible.

Paralizar por un tiempo la Universidad de Nanterre no es lo mismo que paralizar la Universidad de Sierra Leona. Ni el significado, ni las consecuencias se parecen. La revuelta estudiantil que sacudió al mundo desarrollado en los últimos años parece ir de regreso en los grandes países, pero por esos conocidos efectos de traslación retardada el fenómeno continúa vivo y activo en buena parte del llamado Tercer Mundo.

Las consignas revulsivas y desesperadas que se escribieron en las paredes de París en mayo de 1968 se repiten con piadosa reverencia en las paredes de las universidades latinoamericanas: "Prohibido prohibir". "Decretamos el estado de felicidad permanente". "Razonar es contrarrevolucionario".

Mucho se ha escrito y se escribirá sobre este fenómeno significativo de nuestro tiempo. Se ha hablado del estado de rebeldía contra las exigencias crecientes de una sociedad tecnológica que reclama e impone tareas cada vez más complejas y especializadas, o de un espíritu revolucionario en estado místico, o de la necesidad de englobar y comprender para aceptar o para rechazar frente a un mundo crecientemente complejo e inabarcable, o del súbito y espasmódico descubrimiento del mal por los jóvenes, o de la necesidad de una nueva utopía o de una nueva cruzada para un mundo demasiado secularizado y materializado, o del repudio de la indiferente frialdad de la ciencia o, simplemente, de la desesperación. Se han escrito muchos libros y análisis. Y se ha ido a buscar en los divagantes y a ratos ingenuos escritos del profeta de la rebelión estudiantil y la "nueva izquierda" que es ese hijo extraviado de Marx que enseñaba sus incendiarias paradojas en una Universidad de los Estados Unidos: Herbert Marcuse.

La "heterodoxia" del pensamiento revolucionario de Marcuse ha sido señalada muchas veces. Va contra todos los principios de la doctrina revolucionaria creada desde el siglo XIX. En lugar de los obreros organizados pone a los estudiantes y en el papel que debía corresponder a las sociedades industriales coloca a los países atrasados en economía rural y tradicional. Invoca, casi como nuevas deidades, a la violencia, la imaginación y la desesperación.

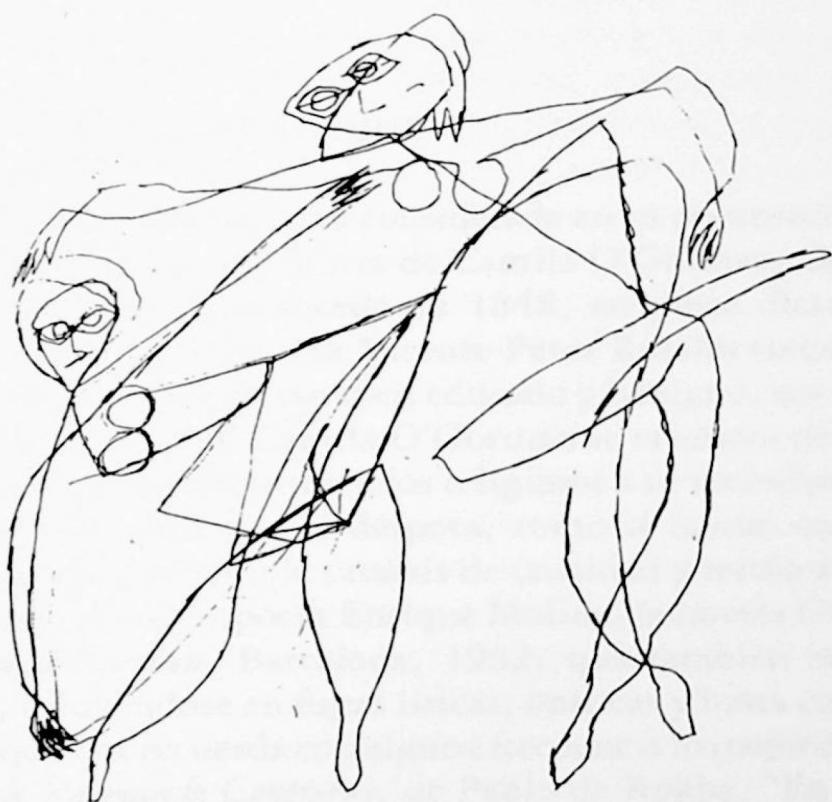
En todo caso lo que nos importaría observar no es el fenómeno del auge y posible descenso del pensamiento de Marcuse, sino el caso inevitable y dramático de la Universidad, pongamos por caso, de Sierra Leona.

¿Hay esperanza de futuro para un país subdesarrollado si se le decapita la Universidad? No debe haberla y en todo caso la historia niega esa posibilidad. En el mundo de la revolución científica y tecnológica de nuestro tiempo, el rango y las posibilidades de los países no se pueden medir ni por su superficie en kilómetros cuadrados, ni por su población, ni siquiera por el volumen estadístico de su producto territorial bruto. Algunos de los países más influyentes y respetados del mundo tienen escaso territorio y poca población, como es el caso de Suiza, o Bélgica, u Holanda o los países escandinavos. Algunos emiratos musulmanes del Oriente Medio tienen ingresos per cápita que están entre los más altos del mundo. El acceso a la ciencia, a la tecnología, a su instrumental y a sus posibilidades es lo que hace la diferencia. Es la capacidad de absorber, producir y aprovechar ciencia lo que importa para juzgar del porvenir de un país. Y esto no significa otra cosa que la existencia de universidades eficientes y activas puestas al día en el más exigente rendimiento.

Podría resultar un trágico malentendido y una cruel paradoja que, por imitación de lo que superficialmente creemos que pasa en los países desarrollados, la juventud tendiera a paralizar y destruir la universidad de los países subdesarrollados. La revolución no se puede hacer y no se ha hecho nunca en la Universidad, sino desde la Universidad. El camino no ha sido llevar la revolución a la Universidad, sino llevar la Universidad a la revolución. Todo el avance doctrinario que ha permitido el progreso científico y social tiene su raíz en las grandes universidades. Es no ver la realidad, creer que la Revolución Rusa surge de un gesto de audacia en octubre de 1917 en San Petersburgo. No. Toda esa revolución en todo lo que ha tenido de más efectivo y poderoso es un producto de la Universidad alemana del siglo XIX. Es un universitario genuino y ejemplar como Marx, el que llevó la Universidad, es decir la ciencia, a la revolución. Si Marx lo que se hubiera propuesto en sus años formativos hubiera sido tomar la Universidad, no hubiera habido marxismo, ciertamente, y acaso tampoco hubiera habido revolución socialista en Rusia.

Es este malentendido el que se alza como una amenazadora esfinge en el camino del progreso de los pueblos subdesarrollados. No hay posibilidad de progreso ni de independencia verdadera si se destruye la Universidad. Es, por el contrario, la Universidad llevada a su más alto grado de rendimiento y modernización, la única que puede abrir el camino que permite salir del subdesarrollo.

Sería trágico que los jóvenes estudiantes, los más sensibles a las injustas condiciones del atraso y la dependencia, fueran quienes detuvieran y sabotearan el único instrumento de progreso e independencia efectivo de que pueden disponer los pueblos en el difícil camino del crecimiento: la Universidad.



Dibujo de: **KURT HERDAN**
(Catálogo de Exposición)